

la una contra la otra; esto aparte de que tenemos testigos que confirman que es una honradísima mujer la portera, mujer Cazes.

Interpelado por el señor Julio Favre, dice el testigo que no dió parte á sus superiores de esta declaración, porque habia dado poca importancia á lo que habia oido; pero habiendo oido hablar sobre ello, el señor procurador general le hizo llamar, al menos seis semanas despues, para que declarase.

*El señor Lachaud.*—Esta testigo no estaba citada en Montpellier.

*El señor primer Presidente.*—Lo fué en una instruccion suplementaria formada despues.

*El señor Lachaud.*—Pues nada sabíamos; debíamos adivinarlo!

*Josefina Cazes*, mujer de Fesquet, costurera en Montpellier. La testigo declara en Patois del Languedoc, que se encontraba ausente cuando ocurrió el suceso. A su vuelta todo el mundo decia en Montpellier que su hermana habia visto bajar al subterráneo al señor Armand; pero ella no se lo oyó decir á su cuñada. Fué ella, y no su suegra la que dijo que era interesada, y que por el dinero se la haria decir lo que se quisiera, y esto tenia motivo para decirlo, pues la mujer Cazes habia reñido con ella, porque á la muerte de su madre ella (la mujer Fesquet) la habia aventajado en la herencia, por la suma de 200 francos.

*El señor primer Presidente.*—Y esa es la razon por la que creéis que es una mujer interesada, y que se la podria hacer decir lo que se quisiera.

Vuelto á llamar al señor comisario central de policia, declara que los informes tomados por él sobre la mujer Marius son excelentes. En cuanto á la mujer Cazes, no puede decir lo mismo: en la calle de la Verrerie donde vivió, no se la quiere bien: en el boulevard du Jeu de Paume, quiso recoger firmas para acreditar su moralidad, y muchas personas se negaron á firmar. Se la tiene por avara, mala, y mala lengua; no falta quien asegura que le pega á su marido.

*El señor primer Presidente.*—Por lo visto no le falta nada.

Pasemos á oír los testigos que nos harán conocer el carácter de Armand.

*Bourillon* (Emilio). El testigo ha estado al servicio del acusado como administrador de sus propieda-

des. Reconoce que Armand es vivo de génio; pero en cuanto á él solo tiene motivos para alabarle. Habrá podido oír que ha tenido discusiones con fulano ó mengano; pero nunca semejantes hechos han tenido lugar en presencia suya.

*El señor primer Presidente.*—¿Pero sabeis que tiene un carácter arrebatado?

R.—No, señor Presidente, he dicho vivo y no arrebatado, lo cual no es lo mismo.

P.—Delante del juez de instruccion dijisteis que tenia un carácter arrebatado. ¿Estableceis diferencia entre carácter arrebatado y vivo?

R.—La establezco, y yo digo de este modo, tiene un carácter vivo.

La defensa hace observar que esto es un debate oral; deja consignadas las expresiones de que se ha servido el testigo para definir el carácter de Armand, y que ha añadido que solo tenia motivos para alabar al acusado.

*Antonio Caret*, cochero en Montpellier. Estuvo al servicio del acusado dos años y medio, como cochero. Estuvo bien con él, aunque le reconozca un carácter vivo y arrebatado.

*El señor primer Presidente.*—¿No dijisteis algo mas ante el juez de instruccion?

*El señor Julio Favre.*—¿Pues no vienen aquí los testigos para declarar?

*El señor primer Presidente.*—Si; pero para declarar segun su conciencia, yo debo llamar su atencion sobre lo que han dicho ante el juez de instruccion.

*El testigo.*—El jardinero de la casa de campo del señor Armand, que está junto al cementerio, me dijo que habia encontrado huesos, cabando para hacer un surtidor en el jardin inglés.

*El señor Lachaud.*—Ah! sí; las cabezas de los negros. (Risas)

*El señor primer Presidente*, hace observar al testigo que no se trata de eso; que declaró en la instruccion que el señor Armand tenia un carácter vivo y arrebatado, con el cual era preciso siempre estar riñendo.

El testigo reconoce haber dicho algo parecido; pero hace mucho tiempo que declaró y no recuerda las frases. Además, esto no lo sabia sino por el jardinero. En cuanto á él, todas las palabras que ha te-

nido con el señor Armand han sido las que median entre amos y criados. Nunca el señor Armand le amenazó de modo alguno.

*Dussol* (Lorenzo). El testigo estuvo cuatro ó cinco años al servicio del acusado. Un dia que él estaba un poco alegre, le dijo el señor Armand: «Tú no estás contento en casa; tú quieres hacer como los otros, y le hizo una lijera amenaza nada mas, con un junco que tenia en la mano; todo lo cual no impidió que permaneciese en la casa tres años mas despues de esto. Habia oido decir que el señor Armand habia tenido disputas por aquí y acullá, con otras personas.

*Pargoire* (Justino), criado en Montpellier. Estuvo diez meses al servicio del acusado. Un dia en la casa de campo vió al señor Armand luchando con un hombre de la cuadra: el testigo los separó, y entrando con el señor Armand en la cocina cerró la puerta. Salió pronto, sin embargo, diciendo el señor Armand que queria ser el amo en su casa; el testigo salió despues, y vió como el señor Armand daba á aquel hombre un palo en la cabeza. Cuando llegaron á la ciudad pudo notar que la camisa del señor Armand habia sido desgarrada durante la lucha.

Preguntado reconoce haber dicho á una tia del acusado: «Si supiese que habia sido el señor Armand quien ha dado malos informes de mí, iria á quejarme de él.» No dijo «me lo pagaria.» *Yo no tenia que hacerle pagar nada.*

*El señor primer Presidente.*—Armand, ¿negais la riña con el criado ó la explicais?

R.—Ya se la expliqué al señor juez de instruccion. Pasaron las cosas de muy diferente modo de como se acaban de contar.—Las explicaré de nuevo.

*El señor primer Presidente.*—Podeis explicaros.

R.—Acababa de llegar de un viaje; no tenia para mi casa de campo hombre alguno de confianza...

P.—Sed breve.

R.—Pero señor Presidente, bien es necesario que se me oigan contar las cosas como son; me pedis la verdad y es preciso que la diga toda entera.—Rogué á uno de mis amigos, perito en la materia, el señor Verdier, que fuese conmigo á ver como habian almacenado mis forrajes. Al subir al pajar me encontré con un individuo que estaba durmiendo en el heno, al cual le dije: «¿qué haceis ahí? Alzaos.» Des-

pues de haber visto como el heno estaba acondicionado bajamos. Mientras estaba en la cuadra el individuo en cuestion, vino á pedirme su cuenta. Le contesté que no era yo quien se la debia ajustar, además que solo se ajustaban las cuentas de los criados los domingos. Entonces lleno de cólera me respondió: «quiero que me arregleis mi cuenta!» y cogiéndome por el cuello de la levita me lo rompió. Tenia yo un baston en la mano y le pegué un palo. Acto continuo dí orden á mi jefe de trabajo de campo de que no le arreglasen la cuenta y retuvieran sus efectos y libreta. No tenia ni efectos ni libreta: esta es la hora en que aún no se ha presentado á cobrar el dinero que le debo. Dije al señor Verdier que iba á citar á juicio á aquel hombre: hé aquí la verdad de lo ocurrido, y los testigos vendrán á confirmar lo que digo.

*El señor primer presidente*, pregunta en seguida al testigo Pargoire si fué amenazado durante el tiempo que estuvo sirviendo á Armand: el testigo contesta que no.

*El señor Julio Favre.*—Blanc, el mismo que recibió el palo, cuenta el hecho del mismo modo que lo cuenta Armand.

*Azibert* (Ramon), carretero en Montpellier.—Se me encargó una carreta para Armand, de la cual tenia necesidad para empezar la vendimia en un viernes. El lunes se presentó Armand para ver si la carreta estaba construida, ya que se la habia prometido para el martes ó miércoles lo mas tarde; hubo de contestarle el testigo que aún no estaba lista: suya era la culpa, y se disculpó con el señor Armand lo mejor que pudo, concluyendo por prometerle que estaria lista dentro de dos ó tres dias.

Volvió el señor Armand el jueves por la noche, y como no estuviese aún concluida la carreta, se enfadó é injurió al testigo llamándole embustero, perezoso y canalla, llegando hasta amenazarle con el baston que llevaba en la mano. El testigo contestó en el mismo tono, y lo puso en la calle diciéndole que no construiria carretas para él.

*El señor primer Presidente.*—¿No le dijisteis una palabra grosera?

R.—Yo le dije palabras análogas á las suyas, pues debo añadir que yo soy tan violento como él.

*El señor primer Presidente.*—Pero siempre hay en

esto diferencia entre vos y Armand, que vos lo confesais.

*Armand.*—Me juzgais bien mal, señor Presidente.

*El señor primer Presidente.*—¿Cómo es eso, que os juzgo mal? Os juzgo mal como todo el mundo; os creo violento.

*Armand.*—Hasta ahora no he visto otras personas que sean de vuestro parecer sino algunos criados.

*El señor primer Presidente.*—Veamos; testigo, ¿sabeis si Armand es violento?

R.—Si no lo fuera no se hubiese enfadado conmigo como lo hizo.

El testigo cuenta una riña que tuvo Armand con un criado, á quien habia dado dinero para pagar un reloj que habia comprado. Así que el criado tuvo el reloj y el dinero, se marchó diciendo: «El señor me amenazaba con un baston, y así le planté.»

*El señor primer Presidente.*—¿Es decir, Armand, que vos teneis siempre el palo en la mano?

R.—Llevo un baston cuando estoy en el campo, pero nunca en la ciudad.

*Armand.*—Voy á consignar la verdad sobre el hecho de la carreta. El señor Gayrault, mi herrero, fué el que la encargó. El martes me la prometió el testigo para el viernes por la noche; cuando fuí el viernes por la noche, ni la habia empezado siquiera. Tenia necesidad de la carreta para empezar la vendimia, y pude enfadarme porque soy vivo de génio.

*El señor primer Presidente.*—Comprendo que seais vivo de génio con un obrero que os falta á su palabra empeñada; pero fuisteis mucho mas allá; le dijisteis: ¡sois un tunante y os voy á cortar las orejas!

*El testigo.*—No oí que me dijese tal cosa.

*El señor primer Presidente.*—Levantais el baston, y esta accion solo la practican los hombres de génio violento.

R.—Tengo el génio vivo, lo confieso; pero lejos de ser violento, soy demasiado bueno.

P.—¿Negais haber levantado el baston?

R.—Sí; lo niego, pues nunca llevo baston en la ciudad.

*Touchat* (Bartolomé), cultivador en Maugio, cerca

de Montpellier. Trabajé ocho años para el señor Armand. Durante siete años no tuvo queja alguna; pero en el octavo tuvimos diferencias, de las que resultó un proceso que yo gané; probablemente el señor Armand no tenia razon. (*Risas*).

*El señor primer Presidente.*—Preciso es creerlo, pues la verdad se encuentra en la cosa juzgada.

Entra en seguida el testigo en largas esplicaciones sobre sus diferencias judiciales con el señor Armand, que alegó la incompetencia del juez de paz para conocer en ellas. Segun el testigo, el señor Armand era deudor suyo, y si no habia continuado el pleito, habia sido por razon de los gastos.

*El señor Lachaud* niega el hecho. «Lo contrario está fallado por el laudo del árbitro nombrado por el juez de paz, laudo que tengo en la mano.»

*El señor primer Presidente.*—Eso pertenece á la discusion. Dejad á un lado, testigo, vuestro pleito, y decidnos lo que sepais sobre el carácter de Armand.

*El testigo* cuenta que un dia oyó como se quejaba un criado porque no le permitian dormir durante el dia despues de la comida, como es costumbre. En el mismo momento vió que llegaba en carruaje el señor Armand con el señor Verdier. «¿En dónde están esos araganes que no quieren trabajar?» dijo Armand, y el testigo entonces subió al granero donde se encerraba el heno, en busca de aquel criado. Cuando bajaron oyó al criado José Blanc que decia al señor Armand: «Arregladme mi cuenta; no quiero estar en vuestra casa.» No vió la lucha que tuvo lugar en la cuadra; pero vió al criado salir lleno de sangre, diciendo que el señor Armand le habia pegado un palo en la cabeza. Añade el testigo que un poco despues Armand le pidió un alfiler para sujetar la camisa que, como el testigo vió, estaba rota.

Otro dia le vió amenazar á Francisco Moules, reprochándole el querer echar á perder su propiedad. No oyó las palabras que se siguieron; pero vió á Moules coger una horquilla, diciendo: «¡Si dais un paso sé lo que tengo que hacer!»

El testigo no puede decir que levantase el baston, pues estaba á cien metros de allí.

*El señor primer Presidente* al testigo.—No estais

de acuerdo con lo que declarasteis durante la instruccion. Dijisteis haber visto como Armand se lanzaba sobre Moules y levantaba el baston para pegarle.

R.—Tenia un baston en la mano; pero yo no ví como lo levantaba para pegar.

P.—Hasta añadisteis que habiais intervenido para separarlos.

R.—Es verdad; pero no se trata de lo que estábamos hablando; eso sucedió en otra discusion en el despacho del señor Armand; entonces fué cuando me interpusé entre mi amo y Francisco Moules.

P.—¿Luego entonces presenciasteis dos discusiones? ¿Fueron violentas?

R.—Un poco; sin embargo, el señor Armand ni pegó, ni amenazó.

El testigo cuenta, además, que un dia estando trabajando vió al señor Armand que conducia solo su carruaje, y le dijo que habia reñido con su cochero y lo habia dejado en mitad del camino.

*El señor primer Presidente.*—¿Se pegaron?

R.—No lo sé; estábamos á mas de un kilómetro de distancia. (*Risas*.)

*El señor Lachaud* pide que se vuelva sobre el incidente de la cuenta. El testigo ha dicho que el señor Armand habia opuesto la incompetencia del juez de paz, siendo así que lo que habia pasado era que el señor Armand se presentó delante del juez de paz y consintió en el nombramiento de un árbitro. El laudo del árbitro (del que el respetable abogado lee algunas líneas que llevan el sello de 1862), establece que el testigo Touchat queda deudor al señor Armand.

El testigo pretende que el árbitro no pudo acabar su laudo porque el señor Armand habia desnaturalizado las tierras.

*El señor procurador general.*—¿Quién fué condenado en definitiva?

*El señor Lachaud.*—El testigo. Decia al empezar que habia ganado el litigio; por lo visto solo se acuerda de lo que le conviene. El señor Armand lo procesó por injurias y fué condenado en policía correccional.

*El señor primer Presidente* al testigo Touchat.—Testigo, ¿habeis sido condenado por alguna cosa?

R.—¿Yo no he sido condenado por haber asesinado á un criado!

*El señor Lachaud.*—¿El testigo no ha sido condenado por robo?

*El testigo Touchat.*—Sí.

*El señor Lachaud.*—¿En hora buena! Por haber robado una red.

*El testigo Touchat.*—Pero yo no he ahorcado á nadie.

*El señor Lachaud.*—No puedo permitir que este hombre diga que Armand ha sporreado á álguien. Lo que se puede decir de él es que ha sido condenado por haber cometido un robo.

*El señor primer Presidente.*—Estoy admirado, defensor, de que hayais provocado esa comprobacion. Es producida por vez primera.

El testigo concluye por reconocer que fué condenado por la policía correccional á seis meses de prision por haber robado una red que se encontraba en una propiedad de la cual era colono.

Interpelado por el señor Lisbonne, confiesa el testigo que despues del suceso del 7 de Julio, fué á buscar al señor Biquet, y le dijo: «Se me ha llamado como testigo. Si el dinero que me debe el señor Armand no se me entrega, no podré menos de declararlo en justicia.»

*El señor Julio Favre.*—¿Vió el testigo á Mauricio Roux en Maugio, en donde pasó dos meses?

R.—Sí; estuvimos juntos en el café.

*El señor Julio Favre.*—Era cuanto deseaba saber.

*El testigo.*—Diré la verdad tambien en cuanto á esto.

*El señor primer Presidente.*—Teneis trasa de decirlo.

*El señor Julio Favre.*—Fué á Montpellier al dia siguiente del suceso.

*Armand.*—Fué á declarar.

P.—¿Quereis suponer que este hombre altera la verdad?

*El testigo.*—Si el señor Presidente quiere saber la conversacion que tuve con Mauricio Roux, la contaré.

El testigo cuenta que, tomando un vaso de cerveza con Mauricio Roux, le preguntó si estaba con-

tento del señor Armand.—«Sí; le respondió Mauricio, es un hombre con quien se puede ganar dinero, es muy capechano y estoy contento de él.»—«Tanto mejor, añadió el testigo, ¡quiera Dios que lo podais decir mucho tiempo!»

*Servent (Jacobo)*, cerrajero en Montpellier.—El 7 de Julio, á cosa de las dos ó las tres, fué el señor Armand á pedirle que fuese á abrir la cochera; porque le faltaba el criado, no habia ido á servir á la mesa á la hora de costumbre; el señor Armand subió al cuarto, y yo cerré la puerta.

*El señor primer Presidente* pregunta á Armand por qué no pensó en hacer abrir la cuadra para dar de comer y beber á los caballos en lugar de hacer abrir la cochera.

*El acusado* responde que no se le ocurrió. Buscaba á Mauricio Roux, y mandó abrir la cochera porque su cuarto estaba encima.

*El señor procurador general* á Armand.—¿Por qué no se os ocurrió llamar el criado desde la calle?

R.—No se me ocurrió pensar que estuviese en su cuarto sin hacer nada. Pensé que le podria haber ocurrido cualquier cosa.

*Bourgade (Susana)*, cocinera en Montpellier en casa de la señora de Armand (la tía). Bajó al subterráneo en el momento en que fué encontrado Mauricio Roux, cuando la puerta acababa de ser abierta: las manos las tenia atadas con una cuerda.

*El señor primer Presidente*.—¿Visteis de cerca cómo estaban las manos?

R.—Yo tenia la luz.

P.—¿Cómo estaban atadas las manos?

R.—Con una cuerda: habia un nudo.

P.—¿Estaban juntas la una á la otra?

R.—Habia alguna distancia, pero estaban casi juntas.

*El señor procurador general*.—Eso fué lo que dijo el señor Surdum.

*Un jurado*.—Seria conveniente que la testigo pusiese sus manos detrás de tal manera que nos pueda enseñar como estaban. (La testigo hace el movimiento, y coloca las manos palma contra palma.)

*El señor primer Presidente*.—Estaba palma contra palma y no dorso contra dorso: hé aquí por lo que se refiere al hecho de las manos.

Se pregunta á la testigo si habia cuerdas separadas en cada puño, y responde que no lo puede decir.—¿Vió cómo procedió el señor Surdum para cortar las cuerdas?—No lo vió, pues en aquel momento entregó la lámpara á otra persona. Desde el punto en que se habló de calentar agua, preparar trapos y mostaza, la testigo no prestó atención á lo que pasaba. Se espantó; se creyó estar en presencia de un muerto.

*El señor primer Presidente*.—¿Visteis una riña entre la portera, mujer Cazes, y la hermana de ésta, la mujer Marius?

*La testigo*.—Yo estaba en el cuarto de la nodriza en el primer piso: dijome la nodriza que oia ruido, y la respondí: «Es en la portería; reñirá á su hijo.» No presté atención á todo esto y continué mi trabajo.

P.—¿No oisteis nada de cuanto se dijo?

R.—La conserje decia: «mientes»; pero no sé á quien se lo decia. No he visto á nadie; creí que reñia á su hijo.

*El señor primer Presidente* hace notar á la mujer Bourgade que ella ha sido la fuente de la nueva informacion que ha tenido lugar. Porque ella oyó algo; porque ella lo contó, fué por lo que pudo irse á la casa de la mujer Marius.

La mujer Bourgade contesta que la mujer Cazes nunca le habia dicho nada; tan solo el domingo al volver de la iglesia oyó en un grupo de personas que la portera sabia algo. Al entrar en casa la testigo, encontró á la portera triste contra su costumbre, y preguntándola la causa de su tristeza, la respondió que habia tenido una acalorada discusion con su hermana. Sin entrar en detalles, la testigo le invitó á que dijese la verdad. «No tenemos mas que un alma, le dije, si la perdemos no tenemos otra: es preciso decir siempre la verdad.» La mujer Cazes afirmó que la habia dicho.

Mediante una nueva pregunta del señor Presidente, la testigo cuenta que por la criada del señor Mey, sabe que estando ésta con sus amos en Cabannes, habia oido decir á los parientes del señor Armand: «Ya sabemos que ha sido él; pero haced todo lo posible para que salga de este mal paso.» En cuanto á ella personalmente, no he oido nunca tal cosa.

Por último, mediante otra pregunta del señor Presidente, la mujer Bourgade contesta que un dia, al bajar la escalera, habia oido á la portera decir á la jardinera que si ella tuviese tan segura una suma de 100 000 francos como lo estaba de que él habia hecho aquello, que no tendria que vivir con pena; pero que la testigo no sabe ni de que ni de quien se trataba.

*Lacasse (Juana)* llamada Luisa, criada en casa del señor Mey.—Preguntada por el señor Presidente, responde que estando en Cabannes le parece que oyó decir á un señor que hablaba con el señor Camilo Armand: «Creemos que es él.» La testigo no conoce al interlocutor del señor Camilo; pero como conoce la voz de este último, está segura que no era éste el que hablaba. El señor añadió: «Lo mas horrible es el haberle dejado así desde por la mañana hasta por la noche.» La mujer Lacasse no sabe que era un señor sordo el que decia esto.

*El señor Presidente*.—¿No oisteis la contestacion, pero contesteis las frases?

R.—Se interpretó la cosa de diferente manera de como yo la habia contado.

*El señor Julio Favre*.—Desearia, aunque todo esto es bien miserable, que la testigo dijese en que lugar se encontraba. Ella no vió á la persona que hablaba.

*La testigo* contesta que no la vió. Estaba detrás de la casa, alejada como desde aquí al despacho del tribunal.

P.—¿Se hablaba, pues, alto?

R.—Sí, señor.

P.—¿Vos lo oisteis?

R.—Me parece haberlo oido.

*El señor primer Presidente*.—Si no lo hubiéseis oido, no habriais repetido esas expresiones á otras personas.

*El señor Julio Favre*.—Es un nuevo ejemplo de las afirmaciones que nacen entre las comadres de Montpellier. ¿Cómo defendernos de semejantes alegaciones? El otro dia se trataba de una persona sorda, del señor Bedarride. Hubiésemos probado que el testigo estaba en el mas completo error por no decir otra cosa. Hoy ya tratamos de un desconocido, de un fantasma; de nada.

TOMO II.

*Un jurado* hace notar que la mujer Bourgade, una de las personas á quienes la mujer Lacasse repitió las frases, no lo contó en los mismos términos.

Vuelta á llamar la mujer Bourgade, dice que eran los parientes los que hablaban á un señor extraño, segun lo que la habia dicho la testigo, ó al menos cree que la cosa era así.

*La testigo Lacasse* sostiene que era la persona extraña la que hablaba.

*José Blanc*, mozo de labranza.—Dormia un dia sobre el heno, cuando el señor Armand le despertó diciendo: «¿gran rocin, estás durmiendo?»—Yo no soy un rocin, si no estais contento conmigo ajustadme la cuenta.—«No tengo que ajustarte cuenta alguna, y aquí mismo me dió un palo (señalando la cabeza). Esto pasaba en la cuadra hace cuatro ó cinco años.

*El señor Presidente*.—¿Ese golpe produjo sangre y una herida abierta?

R.—Sí, señor, y aún tengo la señal debajo de los cabellos.

P.—¿Antes del golpe con el palo no habiais reñido?

R.—No me acuerdo, pero me parece bien que sí.

P.—¿Habia testigos?

R.—No me acuerdo de los que estaban allí; pero aún me debe cuatro francos que no me ha pagado.

P.—¿Así, pues, os pegó un palo y no os pagó los cuatro francos que os debía?

R.—Sí, señor Presidente. (Risas.)

*Armand*.—Rogaré al señor Presidente pregunte á este hombre porque no se presentó á reclamar su cuenta. Habia dado orden en mi casa de campo de que se retuviesen sus efectos y su libreta porque queria saber su nombre y domicilio; pero esto me fué imposible, pues no tenia ni efectos ni libreta. Si no se presentó á reclamar su dinero fué porque tuvo miedo de que yo le llevase delante de la justicia.

*Blanc*.—Estuve á reclamarlos seis meses despues y me dijo que no me reconocia.

*Armand*.—Si fué no me acuerdo; no es de Maugio.

*El testigo* declara que es de Bellier-Capello.

*El señor Presidente*.—En fin, reconocéis que le debeis algo.

R.—Sí, señor Presidente, le debo cuatro francos, pero no los reclamó.

Preguntado de nuevo el testigo Blanc declara que no se acuerda si el palo se lo dió en el pátio ó en la cuadra.

El testigo Pargoure declara que el palo fué dado en el pátio, pero delante de la puerta de la cuadra y que antes había separado á Armand y á Blanc.

El testigo Blanc no se acuerda de esta circunstancia.

El doctor René llamado para examinar la cabeza de Blanc dice: «apenas si hay algo, francamente no lo puedo afirmar.»

El señor primer Presidente. — El palo no ha sido negado y sabemos que corrió la sangre.

El señor Lachaud ruega al señor Presidente se sirva oír sobre este hecho á los señores Verdier, Petit y Michel.

El señor Presidente encarga al ugiar del Tribunal que tome nota.

Honoré (Benito), jardinero. El testigo estuvo seis años al servicio del señor Armand. Declara que el acusado es un hombre de génio muy vivo y arrebatado: era preciso no tenerle miedo y para tenerle á raya convenia tener el carácter tan vivo y arrebatado como él. Esto fué lo que hizo el testigo. En la multitud de riñas que tuvo con Armand gritaba tan fuerte como él; nunca le pegó.

El señor Presidente al testigo. — ¿Y continuabais allí á pesar de vuestras riñas?

R.—Sí; cuando el señor Armand gritaba yo gritaba tambien; cuando se callaba, callaba yo.

Un jurado. — ¿Y los huesos de que se ha hablado?

El testigo. — Hace cosa de cinco años quiso el señor Armand hacer una fuente en su jardín. Cavando la tierra en el lugar conveniente y que él me indicó, encontré huesos antiguos, no sé si eran huesos ú algo que era muy antiguo.

El señor Julio Favre. — Huesos de antes del diluvio. Volvemos á los cuentos de las comadres.

Francisco Moule, cultivador en Mongio. Resulta de su declaración que Armand le amenazó varias veces con su baston, pero siempre á distancia, ya á propósito de una zanja, ya por haber atravesado la propiedad á pesar de habérselo prohibido el señor Ar-

mand. En cuanto el testigo le veía venir se ponía en guardia ó se refugiaba en su propiedad saltando las zanjas; Armand no le seguía. Una vez, entre otras, como tuviese una horquilla en la mano se dijo «si cae sobre mí y me dá un palo con su baston me serviré de mi horquilla.»

Tal vez, añade el testigo, no le hubiese esperado.

Tambien el señor Armand amenazó á su mujer con un puntapié.

Vió tambien amenazar al señor Armand con su baston á un llamado Alberto, el cual había hecho un pequeño canal sin su autorizacion.

La opinion general con respecto al señor Armand, era, segun el testigo, que habría de llegar un dia en que se encontrase donde se encuentra, pues es demasiado brutal.

El señor primer Presidente. — ¿Segun parece teniais con demasiada frecuencia levantado vuestro baston?

El acusado contesta que Moule era un mal colono á quien había dado sus tierras para cultivarlas á medias con un señor Atger. Los dos debian los arriendos.

Moule estuvo tres años sin pagar nada á pesar de las reclamaciones de Armand; fué necesario citarlo ante el Juez de paz. Allí buscó quisquillas, reclamó el nombramiento de peritos; pero por fin pagó sin que los peritos hiciesen nada á pesar de haber pedido él su nombramiento. Por lo demás, no cumplía ninguna de sus obligaciones, no cuidaba de labrar las tierras á modo de buen colono, y no desmontándolas como era de su deber.

En cuanto á los hechos sobre los cuales ha declarado el testigo, el acusado los considera como bromas. Se acuerda tan sólo de un dia que Moule había enviado á su hermano á cojer una carga de uvas en sus viñas; con este motivo le riñó fuerte. Habeis oído al mismo testigo, continúa Armand, que me quejé porque pasaba con un carro por mis tierras. Mi propiedad tiene una gran estension; si dejo hacer á cada uno lo que mejor le plazca, todos serian dueños menos yo; es muy difícil contentar á todo el mundo.

Pero el testigo Moule cita otro hecho. Cuando iba á llevar dinero al señor Armand fué echado á la calle, la segunda vez fué amenazado en el corredor.

El señor Presidente avisa que se está á punto de

oír á todos los testigos relativos á dejar consignado el carácter de Armand. Aún faltan cinco ó seis; para despues invita á la defensa á que presente la lista de los testigos de descargo relacionándolos con este órden de ideas á fin de que puedan ser oídos.

Se continúa la audiencia de los testigos de cargo.

Maury (Pedro). — El testigo trabajaba á jornal en casa del señor Armand con muchos otros. Habiéndose acercado á los trabajadores, el acusado los llamó gandules y perezosos avanzando hácia el testigo con el baston en el aire. Este cogió entonces un azadon diciendo á Armand «si avanzais sois muerto» el acusado se detuvo y el testigo se marchó.

Armand. — Tengo testigos que afirmarán lo contrario de lo que acaba de decir Maury. Hace más de diez años de todo eso; era en invierno y hacia muy mal tiempo. Tan sólo yo daba trabajo para que pudiesen tener pan aquellos hombres; yo sólo ocupaba sesenta ú ochenta trabajadores; hacia quitar la nieve, y procedia luego á la desecacion de terrenos. Despues de 1848 los republicanos se habían dividido mi propiedad; en fin, y para volver al hecho, llego á mi casa de campo donde no había estado hacia dos meses y oigo á este hombre y á otro, pues yo no puedo conocer á todos los trabajadores que empleo, que hablaban de Dios y de los sacerdotes con la mayor irreverencia. Díjeles que no suponía que se hablase nunca en mi casa de igual modo y que si así no estaban contentos que se podian marchar. Este hombre me amenazó entonces con su útil de trabajo, no infundiéndome miedo alguno.

El testigo. — Es falso.

Pedro Rey, cultivador. Trabajó en casa del señor Armand hace cosa de siete ú ocho años. Cuando tuvieron que arreglar cuentas nacieron diferencias entre los dos y fué preciso nombrar á un géometra para que se pusieran de acuerdo. Se le retuvo algo de lo que creia corresponderle.

Cuenta á su vez la escena con José Blanc y dice que vió pegar el palo.

Armand se levanta para dar esplicaciones, pero por consejo de sus defensores se vuelve á sentar.

Corvetto (Luis), arquitecto de Montpellier. Da cuenta el testigo de una discusion que tuvo con el señor Armand, con motivo de un arreglo de cuentas

por sus honorarios cuando valoró los bienes que constituian la sucesion del señor Armand (tio). El señor Armand exijia que presentase una memoria en regla y para llenar esta condicion faltaban documentos importantes. «Expuse la dificultad, añade, y como el señor Armand no me queria pagar, en un arrebato de cólera le dije: «Si pagais á los demás como me pagais á mí nada tiene de extraño que seais rico.» Al oír estas palabras Armand se echó sobre mí, me tiró el sombrero al suelo, luchamos y se nos separó. Esta noche, le dije, os hablaré delante de todo el mundo en el Círculo.» Volviendo en sí el señor Armand me dijo: «Olvidad este momento de arrebato provocado por la ofensa que habeis hecho á mi probidad; reconozco que he obrado mal». Desde entonces hemos vivido en las mejores relaciones.

El testigo Juan Jacobo no compareció por no haberse podido encontrar su domicilio para citarle.

El señor procurador general lee la declaracion prestada por este testigo. Habla de diferencias nacidas entre él y el señor Armand con motivo de un ajuste de cuentas y termina de este modo: «En cuanto á su carácter violento es bien conocido.»

Armand. — Yo queria citarle como testigo de descargo, pues dijo á muchas personas que sentia haber dejado mi casa y ha vuelto muchas veces á pedirme que le dejase volver á entrar á mi servicio.

El señor primer Presidente. — No es persona sospechosa y habla de vuestra violencia.

Armand. — Lo que aquí pasa, señor Presidente, es que el Juez ha preguntado á los testigos si me conocen como á un hombre violento. La mayor parte han contestado que sí, sin darse cuenta de la diferencia que media entre ser vivo y ser violento.

El señor primer Presidente. — Vos mismo habeis oído á esos hombres decir que pegabais á vuestros criados.

El señor Lachaud. — En cuanto á hombres que han sido pegados aún no tenemos sino uno y aun este porque le contestó á su agresion.

El señor primer Presidente. — Si el baston no pegó sino una vez, ha sido levantado bastantes veces.

Dionisio Gervais, jornalero. Dice el testigo en patois que estuvo doce dias al servicio del señor Armand para guardar bueyes. Una noche cuando los